

DESCUBRE EL THRILLER SOBRENATURAL

JOSÉ PÉREZ QUINTERO



10
SEGUNDOS

SAGA PODERES OSCUROS

DIEZ SEGUNDOS

[JOSÉ PÉREZ QUINTERO](#)
(SAGA PODERES OSCUROS)

© José Pérez Quintero, 2017
Todos los derechos reservados

Esta obra está protegida por la ley de Propiedad Intelectual.

Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier método o procedimiento, salvo autorización expresa de su autor.

Primera edición: SEPTIEMBRE, 2017

Encuentra más libros del autor en
www.multiversoebooks.com

O visita nuestra página de
[Facebook](#)

ÍNDICE

[1. LA PRIMERA VEZ](#)

[2. ROJO PAR](#)

[3. UNA OFERTA DE TRABAJO](#)

[4. HERMANA](#)

[5. LA ANCIANA](#)

[6. INTERROGATORIO](#)

[7. NIÑAS ROBADAS](#)

[8. JURAMENTO HIPOCRÁTICO](#)

[9. EL GRUPO](#)

[10. FLORES MARCHITAS](#)

[11. CAFÉINA](#)

[12. MENTIRAS](#)

[13. DESPEDIDA](#)

[14. ASESINATO](#)

[15. CÓDIGO](#)

[16. EFECTO DOMINÓ](#)

[17. PACIENTE CERO](#)

[EPÍLOGO: UNA NUEVA MISIÓN](#)

[CONOCE MÁS LIBROS DEL AUTOR](#)

1

LA PRIMERA VEZ

Los labios de Alicia besaron con deseo a aquel chico. No era el amor de su vida, pero daba igual. Su lugar lo podría haber ocupado aquel compañero de matemáticas algo tímido y patoso, o ese otro chico tan mono que había conocido a través de una amiga en un concierto. No importaba. Estaba preparada, sabía que estaba preparada. Tenía dieciséis años y no quería esperar más. Siempre había sido una chica impulsiva, y en lo más profundo de su ser odiaba haberse convertido en la única virgen del grupo. Aquello le había pillado por sorpresa, ya que ninguna de sus amigas se había atrevido a confesarlo. Una vez lo hizo la primera, el resto vomitó sin pudor sus experiencias sexuales. Todas menos ella, que acabó sintiéndose como el patito feo. Y virgen. Así que volvió a besar a aquel chico que tenía delante, aquel que sería el primero y al que seguramente no volvería a ver.

Su compañero no esperaba esa muestra de decisión, y se sintió cohibido por la desinhibición y energía de Alicia, quien no dudó en tomar las riendas y subirse sobre él. Alicia notó cómo el chico se empequeñecía, y temió que aquello acabase en un sonoro fracaso. Y lo peor: en las burlas de sus amigas.

—¿No te irás a echar atrás? —susurró tentadora en el oído del chico.

—No, claro que no... ¿pero y tus padres? —preguntó él, intentando ocultar su temor a un gatillazo más que probable.

—Aún tardarán en llegar. Nos da tiempo —respondió ella, y por un instante sus miradas se fusionaron en una. Ali-

cia sintió en lo más profundo de sus tripas que no había vuelta atrás y le besó con pasión.

Y entonces el desgarrador derrape de un coche acompañado de un gran golpe destrozaron su vida para siempre.

Aquel sonido había llegado a través de la ventana, proveniente de la calle. Alicia tuvo un mal presentimiento, y pensó en la última frase del chico: ¿Y tus padres?

Alertada, se apartó de su compañero y corrió hacia la ventana. Y al asomarse confirmó sus temores.

Frente a su casa de dos plantas, situada en un acomodado barrio residencial, pudo observar un coche volcado. El coche de sus padres. Su corazón dio un vuelco, y salió corriendo de la habitación sin pensárselo, dejando al chico perplejo, confuso y con un incipiente calentón.

Alicia corrió a través del pasillo de la segunda planta, pasando por al lado de la habitación de sus padres y de la habitación de su hermana pequeña.

Dios mío, su hermana. Ella también iba en el coche junto con sus padres. La habían llevado a su recital de piano, pero no pensaba que volverían tan pronto. Esperaba que tardasen mucho en regresar, y ahora temía que nunca lo hiciesen.

Corrió con más fuerza, aguantándose las ganas de vomitar, bajando las escaleras enmoquetadas de aquella casa acomodada hasta llegar a la lujosa puerta de entrada. La abrió, y rezó para que todo lo terrible que había imaginado no fuese nada más que una invención de su febril mente adolescente.

Pero no fue así.

Allí seguía el coche de sus padres, volcado y humeante. Y sus ocupantes no habían salido. Alicia cruzó el precioso jardín que presidía la entrada del chalé, dejando a un lado la caseta de las herramientas de jardinería, que su progenitor utilizaba para adecentar ese terreno que consideraba su pequeño remanso de calma, y que le servía como hobby. Corrió con más fuerzas, intuyendo en la distancia algo que no quería intuir. Finalmente llegó sin aliento hasta el vehículo y se agachó asustada.

En el interior su padre y su madre se hallaban malheridos y bocabajo, atrapados por los hierros que atravesaban sus cuerpos y los aferraban a los asientos delanteros. Alicia sintió un profundo terror al verlos, y las lágrimas brotaron de su rostro. Miró en la parte trasera, temiendo descubrir el destino de su hermana. Jimena seguía boca abajo, atrapada por el cinturón de seguridad. Y pese a tener nueve años, su cuerpo parecía haber resistido el impacto. Sin embargo, pudo observar que un hilo de sangre brotaba de la espalda de la pequeña, y un incontrolable vértigo se apoderó de ella.

—Sa... sa... saca a tu hermana... —dijo el padre de Alicia con un hilo de voz. Con las pocas fuerzas que le quedaban se giró, intentando desabrochar el cinturón de la pequeña, mientras el humo que desprendía el motor inundaba el vehículo y le hacía toser profundamente. Cada movimiento insertaba más y más los hierros en su pecho, provocándole un terrible sufrimiento, pero en aquel instante tan solo podía pensar en su hija pequeña.

Alicia decidió obedecer a su padre por primera vez en la vida y abrió la puerta trasera. Tiró de su hermana Jimena, pero el cinturón bloqueaba su cuerpo. Se sintió muy patosa, casi como si sus manos no quisieran obedecerla.

—El botón del cinturón, cielo... —dijo su madre, quien ya no era capaz de abrir los ojos. Alicia percibió que su mundo se desmoronaba, y luchó porque no fuera así. Buscó entre el espeso humo el botón que podía liberar a su hermana, pero el anclaje del cinturón que la retenía se había hundido entre varios hierros, y comprobó con pavor que no podría soltarla. ¿Por qué había tenido tan mala suerte? ¿Por qué el mundo se había aliado contra ella en aquel instante?

La respuesta se encontraba muy cerca de Alicia, al final de la calle, observando el agónico momento de manera im- pasible. Aquel extraño debía de rondar los treinta y pocos años. Vestía un gran sombrero de ala ancha, casi como de otra época, calzaba unas zapatillas de deporte y lucía una larga gabardina que ocultaba su cuerpo, y de la que única-

mente asomaba la palma de su mano, en la que sujetaba un extraño doblón de oro antiguo.

El extraño lanzó la moneda al aire, y esta alzó el vuelo mientras daba vueltas sobre sí misma, hasta que cayó de nuevo sobre su palma. Tras esto la tapó con la otra mano, y aguardó un segundo. Finalmente la descubrió, y el doblón reveló su cara, el rostro de un siniestro dios Inca.

Y en ese instante, como si se tratase de causa y efecto, el padre de Alicia rozó sin querer con su mano un cable, este rozó a otro, y de su fricción saltó una chispa.

Y una gran llamarada inundó el coche.

Alicia observó horrorizada esa gran bola de fuego engullendo a sus padres y derritiendo sus cuerpo. Las llamas se dirigieron hacia ella, y supo que aquello sería el final de su viaje. El miedo inundó sus venas, y bloqueó su cuerpo. Su respiración se aceleró, su pulso se desbocó como un río salvaje y Alicia entró en un estado de trance.

Y entonces el tiempo se rebobinó diez segundos.

Alicia atravesó la lujosa puerta del chalé en dirección al coche volcado de sus padres, y sintió que algo no iba bien. Se detuvo confusa, y un mechón de su pelo se tiñó en ese instante de blanco.

Observó ese nuevo mechón, sin comprender qué acababa de suceder. Había visto morir a sus padres. Ella misma había muerto. O eso creía. Y sin embargo ahí estaba de nuevo, en la puerta de su casa, frente al coche volcado.

La confusión estuvo a punto de apoderarse de ella, pero entonces recordó la imagen de su hermana atrapada por el cinturón de seguridad.

Pensó rápido, y se dirigió a la caseta del jardín donde su padre guardaba las herramientas de jardinería. Cogió una gran tijera de podar y corrió desbocada hacia el coche.

Esta vez fue directa a la puerta trasera donde se encontraba atrapada su hermana Jimena. No tenía tiempo de buscar aquel botón de seguridad hundido entre un amasijo de hierros, y usó las tijeras para cortar el cinturón. Liberó a su hermana pequeña, y comprobó que estaba fría e inerte. Pese a que el miedo había adormecido sus brazos, tiró con

todas sus fuerzas de aquel pequeño cuerpo inconsciente, sacándola justo en el instante en el que la gran llamarada inundó el coche, devorando los cuerpos de sus padres.

Alicia, en un acto reflejo, se giró para proteger a Jimena. Sintió aquel calor infernal abrasando su espalda, destruyendo para siempre su vida. La onda expansiva la lanzó lejos, haciéndola rodar por el suelo, con su hermana protegida entre sus brazos. Y el dolor inundó cada terminación nerviosa de su cuerpo.

Pasaron unos segundos hasta que volvió a ser consciente de todo lo que había sucedido. Observó a Jimena, que seguía sin abrir los ojos, y temió por la mancha de sangre que brotaba de la cintura de la pequeña. La dejó con delicadeza en el suelo, y se levantó con las pocas fuerzas que le quedaban.

Y ante ella pudo observar el dantesco espectáculo en el que sus padres eran los protagonistas, quemándose agónicamente al compás de sus gritos sordos.

El extraño de gabardina y sombrero de ala ancha también había asistido a aquel macabro espectáculo. De nuevo volvió a lanzar el doblón de oro al aire, y este cayó otra vez sobre la palma de su mano. Al descubrirlo pudo observar la cara de aquel mismo dios Inca, aunque esta vez bajo un rostro benevolente. Miró por última vez a Alicia antes de marcharse, sabiendo que sus caminos volverían a cruzarse. Se atusó su gabardina y se colocó bien su sombrero. Y al hacerlo, del interior se descolgó un mechón de pelo blanco.

Finalmente Alicia, quemada y huérfana, e incapaz de contener por más tiempo todo lo que sentía, lanzó un grito desgarrador.

Y su mundo cambió para siempre.

2 ROJO PAR

—Rojo par. Gana el señor de la chaqueta a cuadros — dijo el crupier.

Aquel gordo seboso gritó de alegría con todas sus fuerzas, y al hacerlo su saliva regó parte de la mesa de apuestas del casino donde se estaba dejando los ahorros de su familia. Su pelo era grasiento, y vestía con una chaqueta a cuadros hortera, seguramente para intentar aparentar ser alguien respetable y con clase, algo que por supuesto jamás conseguiría.

Acababa de ganar la apuesta que había jugado en la ruleta. Era lo primero que ganaba en su miserable vida, y eso que su incipiente ludopatía le había hecho malgastar el dinero de sus hijos en todo tipo de sorteos, apuestas y máquinas tragaperras. Pero por fin su mala racha había terminado. Por fin lo había conseguido. Así que recogió las fichas del premio, pavoneándose ante la chica que se encontraba jugando en la mesa a su lado.

—¿Lo ves, guapa? Te dije que iba a salir rojo par.

La chica se retiró la melena de la cara, cuya mayor parte de ella estaba teñida de color blanquecino. Habían pasado unos cuantos años desde aquel fatídico día y Alicia, ahora con treinta años, se había convertido en una mujer atractiva, con una mirada dura forjada por el trauma. Atrás había dejado su impulsividad. Ahora meditaba todo con calma, sopesando la situación. Debía hacerlo si quería ganar aquella apuesta que se acababa de jugar. Y que se volvería a jugar.

El gordo seboso siguió espetando a toda la mesa su buena fortuna, pero Alicia ya no le escuchaba. Tan solo te-

nía ojos para el cronómetro de su reloj, que seguía una cuenta atrás. Ocho segundos, siete, seis...

Alicia observo por un instante a aquel subproducto considerado ser humano, y éste se sintió de golpe intimidado por esa mirada penetrante, que le hizo silenciar su desagradable verborrea.

—Sé que no te vas a acordar de esto, pero tengo que darte un consejito —dijo la chica en un tono firme.

—¿C-cuál? —preguntó aquella parodia de persona, empequeñecida de repente.

—No hables tan cerca, te apesta el aliento.

Aquel ser seboso y hortera, ludópata y perdedor, se mostró perplejo por esa repentina muestra de sinceridad, y no pudo más que ponerse la mano en la boca para echarse el aliento. Alicia lo observo con desagrado un último instante, y se concentró, sabiendo que aquel tipo no recordaría nada de eso.

Y entonces rebobinó el tiempo diez segundos.

En el pelo de Alicia se imprimió con timidez un nuevo mechón blanco, añadiéndose a su ya frondosa cabellera desteñida. Observó el cronómetro de su reloj, detenido en diez segundos. Miró al gordo seboso, que se encontraba de nuevo dispuesto a apostar, sin saber que todo aquello ya había sucedido. Aquel tipo aseguraba tener un palpito, estaba convencido de que aquella jugada cambiaría su mala racha. Sabía que debía ponerlo todo al rojo par. Se dispuso a apostar, pero Alicia se le adelantó, colocando todas sus fichas sobre la mesa.

—Apuesto todo al rojo par —dijo ella.

Aquel gordo seboso dudó un instante al escucharla. Esa era su apuesta, o iba a serla. Tal vez debía de jugársela a otro número.

—Yo... —comentó, dudando—, apuesto al negro impar. Es mi día de suerte.

Tras colocar sus fichas, sonrió socarronamente a Alicia, dando por supuesto que su vida iba a cambiar en aquel instante. Alicia, sin embargo, sabía que seguiría siendo el mismo perdedor ludópata y triste de siempre. Porque sabía

que la bola caería en rojo par. Lo acababa de vivir, y acababa de rebobinar el tiempo diez segundos para ganar aquella apuesta.

—Rojo par. Gana la señorita del pelo blanco —dijo el crupier.

El gordo seboso maldijo su suerte mientras Alicia, sin un ápice de emoción por haber ganado, recogía sus ganancias en fichas. Sabía muy bien que iba a ganar. No podía fallar.

Lo que no sospechaba es que no era la única que conocía aquel secreto.

Una diminuta y frágil anciana había observado su jugada a través de los monitores de seguridad del casino, resguardada en una sala aséptica situada varias plantas por encima. Pese a no haber percibido que el tiempo se había rebobinado, aquella anciana sabía perfectamente lo que había sucedido. La frondosa melena de mechones blancos de Alicia era una prueba inequívoca.

Una vez Alicia se levantó de la mesa, aquella frágil mujer la siguió con las cámaras que vigilaban el ir y venir de cientos de personas, hasta que llegó a la caja para hacer efectiva su montaña de fichas. Por fin había encontrado la pieza que faltaba para llevar a cabo su plan. La necesitaba.

—Tráemela.

La anciana acababa de dar una orden, dirigida a un tipo situado tras ella. El extraño iba ataviado con un sombrero de ala ancha, una larga gabardina y zapatillas de deporte. Jugaba con un extraño doblón antiguo de oro que se pasaba entre los dedos, el mismo que había lanzado al aire años atrás, asistiendo a la muerte de los padres de Alicia. Esta vez también lo lanzó, y la moneda cayó de nuevo sobre su palma, tapándola inmediatamente.

Al descubrirla, el doblón reveló el rostro de aquel dios Inca siniestro.

Y supo que la suerte estaba echada.

3

UNA OFERTA DE TRABAJO

Horas después Alicia entró en su piso, por llamarlo de alguna manera. Aquello se asemejaba más a un cubículo triste y austero, sin ningún tipo de encanto. Nunca se había preocupado por decorarlo. Al fin y al cabo aquello no era su hogar. Si existía algo llamado hogar, lo había perdido años atrás y jamás lo recuperaría.

Tras dejar la mochila que había llevado al casino a los pies de la cama, se dirigió a su aún más austero baño y se quitó la camiseta sudada. Caminó hacia a la ducha, y a través del espejo vio el reflejo de su espalda surcada por cientos de cicatrices de quemaduras, un recordatorio de aquel fatídico día en el que lo había perdido todo.

Abrió el grifo lleno de óxido y un torrente corrió por su espesa cabellera. Prácticamente toda ella era de color blanquecino, a excepción de un pequeño fragmento que seguía conservando su color oscuro original. Sabía lo que aquello significaba, pero no podía evitar hacer lo que hacía. Decidió abrir por completo el grifo del agua caliente, esperando que ese bálsamo aliviase su cuerpo y sus recuerdos. Notó el líquido fluyendo por sus cicatrices, casi como si siguiesen los surcos de un río cuyo caudal era el dolor y la rabia.

Tras ducharse, se dirigió a su habitación. Levantó el somier de la cama bajo el que guardaba los pijamas y escogió el más feo que tenía. Nadie iba a venir a visitarla, y no tenía por qué mostrar sus mejores galas. Allí mismo también guardaba el edredón de invierno, un par de sábanas y los cientos de fajos de billetes que había acumulado a lo largo de los años, desde que había descubierto su don y perdido a sus padres. Así que abrió la mochila, vació el

contenido sin ningún miramiento, y cientos de billetes hicieron compañía a otros tantos.

Y entonces alguien llamó a la puerta. Tenía la certeza de que no sería un conocido. No tenía amigos, y nadie sabía que vivía allí. Pagaba siempre en efectivo, y no había domiciliado nada en aquel cuchitril. Tal vez fuese otro vendedor de gas, o un comercial intentando colocarle algún objeto absurdo e inservible. O uno de esos mendigos que ocupaban de vez en cuando el edificio. Fuese quien fuese, se acabaría cansando de llamar y se largaría.

Cinco minutos después, Alicia supo que tendría que intervenir.

—No me voy a poner ADSL, ni suscribirme al club del libro, ni hacerme de ninguna ONG, ni nada de nada —dijo, sin abrir la puerta.

Alicia esperó que aquello hubiese sido suficiente, y observó por la mirilla para asegurarse de que la persona que estaba al otro lado se había marchado.

Al acercar su ojo, pudo ver al extraño de larga gabardina y sombrero de ala ancha. Ese mismo que había sido espectador de su desgracia sin que ella fuese consciente. Le llamó la atención el doblón de oro antiguo con el que jugaba entre sus dedos, y se sintió incómoda, como si aquel objeto le recordase algo desagradable.

—¿No me ha escuchado?

El extraño decidió que era el momento de mostrar sus intenciones, y habló.

—Lo que vengo a ofrecerte seguro que te interesa.

—No quiero nada. No necesito nada. Largo —dijo Alicia, incómoda por la presencia de aquel tipo.

—¿Estás segura, Alicia? —respondió el hombre misterioso.

Alicia se mostró sorprendida.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó, inquieta.

—Lo he visto en tu buzón —afirmó él, en un tono cordial y amigable. Pero Alicia sabía que aquello no era cierto.

—No tengo nombre en el buzón.

Alicia pudo ver a través de la mirilla empañada al extraño sonriendo, y tuvo la sospecha de que ya se esperaba esa respuesta, y que en realidad estaba jugando con ella.

—Solo pido que me escuches —dijo de nuevo el hombre—. Y si pasa algo, siempre puedes rebobinar diez segundos y volver al momento antes de que suceda.

Alicia ahora sí que estaba realmente sorprendida. ¿Cómo sabía aquello? ¿Qué debía hacer? Si no le abría la puerta, tal vez se marcharía y volvería con la policía. O la denunciaría. O algo peor. De todas maneras, tenía razón. Si intentaba hacer algo, le bastaría con rebobinar diez segundos y anticiparse a sus intenciones.

Alicia tomó aire y abrió la puerta. El extraño sonrió agradecido y entró en aquel piso cochambroso. Observó a su alrededor, deteniéndose en las manchas de humedad y el papel desvencijado que recubría la pared. Observó también los restos de comida para llevar que se apilaban en el fregadero.

—¿Cómo sabes lo de los diez segundos? —preguntó Alicia.

El extraño guardó silencio, y se dirigió hacia el viejo sofá que presidía la estancia, y que parecía recuperado de un basurero. Tras sentarse, hizo una petición.

—¿Podrías darme un vaso de agua? El ascensor no funcionaba, vives en un quinto y yo no soy ningún jovencuelo.

Alicia decidió que conseguir la verdad no estaba reñido con ser buena anfitriona, así que cogió un vaso sucio de la pila, lo enjuagó como pudo y sirvió agua al extraño.

Al entregárselo, el tipo cogió el vaso con su mano izquierda, sin dejar de jugar en la otra con el doblón de oro.

—¿Vas a responderme a mi pregunta? —dijo Alicia—. ¿Cómo sabes lo que sabes?

El extraño dio un gran sorbo al vaso de agua y se sintió aliviado, como si aquel líquido fuese el más delicioso de los brebajes.

—Digamos que trabajo para gente importante que maneja información importante.

Tras esto lanzó la moneda al aire, y al caer la tapó con la palma de su mano, ocultando el resultado. Alicia, que no podía creerse lo que estaba sucediendo, fue del todo sincera.

—Tío, no sé si te lo han dicho, pero pareces un malo de las pelis de James Bond.

Como respuesta, aquel tipo levantó su mano y descubrió el doblón de oro. Alicia observó la cara con el rostro de un dios Inca sonriente, amable y conciliador. El extraño sintió agrado por el resultado de su apuesta, y prosiguió.

—La gente que me manda quiere encargarte un trabajo.

—Lo siento —dijo ella—, pero no necesito ningún curro. Me sobra el dinero.

El extraño miró a su alrededor, observando el piso austero y cutre.

—No es dinero lo que quieren ofrecerte.

Tras esto clavó su mirada en Alicia, concretamente en los largos mechones blancos que recorrían la melena de la chica. Se dispuso a hablar de nuevo, aunque esta vez dejó de lado su tono afable y se mostró serio.

—¿Cuánto te queda? —preguntó, señalando la cabellera de la chica.

Alicia se quedó helada ante esta pregunta, incapaz de responder nada. El extraño volvió a hablar.

—Por tus canas, calculo que un año de vida, tal vez menos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alicia, sin comprender cómo podía poseer esa información—. ¿También te lo han dicho tus jefes?

El extraño decidió ofrecerle una respuesta que no diese lugar a dudas. Se quitó el enorme sombrero de ala ancha desvelando su pelo, que también estaba prácticamente canoso.

—¿Creías que eras la única?

Alicia ahora sí que estaba confusa. Si aquello era cierto, significaba que no era la única con esas habilidades especiales, que existían otros que compartían su suerte.